

por dichoso en que mis trabajos hayan podido seros de utilidad. De esta manera el verdadero Pastor desde sus mismas cadenas traía al redil las ovejas descarriadas, y el intruso en su palacio, protegido de la fuerza y autoridad pública, se veía abandonado aun de aquellos mismos á quienes el engaño ó la violencia habia llevado á él.

Llegado á Castellane fué provisionalmente puesto en libertad, y el momento de ella fué de mucho valor para la edificación, porque se aprovechó de él para visitar aquellas iglesias en que no habia penetrado aún el cisma: si tomaba algun paseo, era despues de haber ocupado el dia en estas funciones y hecho la visita al Santísimo Sacramento: el pueblo lo llenaba de bendiciones; pero el tribunal tenia acerca de él otras ideas. Presentóse en fin al tribunal, mas glorioso por haber de confesar en él su fe y operaciones, que intimidado por sus amenazas: no le pasó siquiera por el pensamiento negar que habia administrado los Sacramentos, conferido el Orden y hecho las demás funciones de Pastor, y así respondió: „ llamado yo del „ Cielo para conducir á él las almas que me han cabido en „ suerte, y presentarlas algun dia delante del Supremo Juez, „ he comparecido ante este tribunal: declaro en mi conciencia, „ que creo firmemente tener mi ministerio de Dios y no de los „ hombres, y llevando en mi carácter su autoridad para ejercer „ las funciones sagradas, no he juzgado poder negar á los levitas „ la imposición de mis manos, á los simples fieles el sacramento de la Confirmacion, á los hijos que me llaman Padre „ el pan de la doctrina, los socorros y consuelos de su fe: „ mientras que estuvieren libres mi brazo derecho y mi lengua, „ esta será para evangelizar á mi pueblo, y aquel para bendecirlo. “

No le fué tampoco difícil el probar que en esto no habia pecado contra las leyes de la asamblea, porque no se le podía acusar de haber usado la menor violencia contra los que resistiéndose á sus instrucciones, habian querido seguir las del intruso; pues que predicando contra la apostasia de la fe, siempre habia tenido cuidado de predicar al mismo tiempo la paz, el respeto al orden público, la sumision á las leyes en todo lo

civil. Hablaba delante de los jueces con toda la firmeza de la inocencia, con la autoridad de un Apóstol, ternura de un padre, y con todo el interes de un Pastor, que procura mas ilustrar en la fe á sus ovejas, que justificarse de los delitos que se le pudiesen imputar. Las gentes que habian acudido á oír su defensa, admiraban su tranquilidad y valor: veían á su Apóstol y Padre en cadenas, y lloraban de ternura; lo que viendo sus jueces temieron, y obligándoles la ley á pronunciar en el mismo acto, difirieron para el siguiente dia la sentencia ya resuelta, que no se atrevian á dar delante de los testigos de la inocencia: fué condenado á destierro, y á su notificacion respondió el digno Prelado lo mismo que San Cipriano: *gracias sean dadas á Dios*. Esta condena debia ser confirmada por los jueces de Barcelonnette: fué, pues, entregado de nuevo á la guardia para ser conducido allá, estando él solo sereno en medio de la consternacion general de todas las gentes de probidad. Una parte del pueblo y todo su Clero salieron acompañándolo hasta las puertas de la ciudad, y allí abrazando este buen Padre á sus hijos con toda la ternura de su corazón, les dixo por despedida: „ á Dios, amigos míos, la fuerza separa por un poco „ de tiempo mi cuerpo de vosotros; mas no alcanza el poder „ de los hombres á separar nuestras almas, ni á las ovejas de „ su verdadero Pastor: he sido, soy y seré vuestro Obispo hasta „ la última respiracion, seamos igualmente todos de la verdad „ y de la Iglesia de Jesuchristo.

Entonces enternecidos todos de nuevo y anegados en llanto, le juraron á él y á la Iglesia, de que es Obispo y Confesor, eterna fidelidad, se arrojan á sus pies, y le piden por última despedida la bendicion: levanta él las manos al cielo, pide para ellos el don de la perseverancia en la fe y obras de los Santos, los bendice y se entrega á la guardia para continuar el camino. Así salió de Constantinopla San Chrisóstomo despues de haber fortalecido contra el cisma las vírgenes, los fieles y Sacerdotes de su iglesia.

Con la misma escolta atravesó de nuevo los montes para Barcelonnette, donde finalizó su causa la absolucion; pero no por eso se mitigó un punto la persecucion contra él, de mo-

do que siéndole imposible volver á su diócesis, escogió para retirarse á Niza, donde halló á otros Prelados desterrados por la misma causa, y desde allí escribió estas notables palabras: » aun-
» que los impíos no lo creen, es cierto que las desdichas tienen
» su encanto: me lo han quitado todo, nada me han dexado,
» pero me queda el honor y la Religión. «

Ménos severos se mostraron los jueces de Mr. la Broue de Vareilles, Obispo de Gap. Este digno Prelado habia prevenido al obispo intruso que si lo veía atribuirse la autoridad espiritual, que solo puede dar la Iglesia, procedería contra él conforme á las leyes de esta Santa Madre: mantuvo su palabra, declarándolo excomulgado por haber hecho leer públicamente dispensas que solo pertenece dar al Obispo legítimo: la respuesta del intruso y su consejo á esta censura fué citarle al tribunal de los legos. Ellos se presentaron por procurador, Mr. de Vareilles en persona, y desde luego protestó, que no fuese visto por esto reconocer á los magistrados seculares por jueces de semejante causa. De hecho, la sentencia dada contra el intruso era una censura puramente eclesiástica, que solo tocaba al alma del reo, y era cosa singular que los intrusos recurriesen á un tribunal lego contra una censura espiritual; pero estos hombres de la nueva iglesia no tenían otras armas que oponer á las verdades dogmáticas que las de la fuerza.

Después dió cuenta Mr. de Vareilles de su fe y de sus acciones, que demostró ser conformes á la Religión y á la autoridad que tenía de Jesuchristo, y á las obligaciones que debía llenar para preservar á su diócesis de falsos pastores. Los intrusos lo acusaban también de haber distribuido breves del Papa, y él dixo, que estos breves no eran otra cosa que lecciones de fe, que pertenecían á los Obispos extender entre los fieles para confirmarlos en la verdad por la autoridad del primero de todos los Pastores. Los mismos magistrados se condolían de la acusación, porque conocían á Mr. de Vareilles, sabían con quanta prudencia se habia gobernado y conservado en su diócesis la paz: admiraban su modestia y tranquilidad, y manifestaban grande repugnancia á condenarlo; pero era preciso guardarse de la ira de los intrusos, y concederles algo: ellos pe-

dían el destierro, y se les otorgó que fuese multado en seiscientas libras para los pobres, porque se sabía que esta pena era el uso que hacia mas frecuente y gustoso de sus bienes.

Se habia agregado á los intrusos un Cura juramentado para ultrajar y calumniar á su Obispo: Mr. de Vareilles sufrió los ultrages, y deshizo evidentemente las calumnias; mas rogó á los jueces que las olvidasen como él las olvidaba; y queriendo estos obligar al calumniador á la reparación debida, de ningun modo lo consintió, dando gracias á Dios por haberle obtenido el perdón, y por poder él mismo continuar en su diócesis trabajando en la salud de las almas en un tiempo en que la violencia precisaba casi á todos los Obispos á separarse de sus ovejas.

En este mismo tiempo daba la asamblea nacional al universo un espectáculo mas asombroso por su impiedad, que todas estas persecuciones y destierros de los ministros de la Religión. Sobre la mas alta colina de París se eleva una augusta Basílica á honra de Santa Genoveva su antigua Patrona, á cuya construcción apenas habian bastado quarenta años y mas de ochenta millones: estaba nueva aún, y á vista de su fachada recientemente acabada, se consolaba el corazón christiano, creyéndose aún en los siglos de la munificencia y piedad francesa.

Quatro naves en cruz de un recinto inmenso formaban cuatro templos reunidos, que de las quatro partes del mundo llamaban á los verdaderos adoradores á un altar central que coronaba un domo magnífico. En el contorno interior de estas naves habian apurado los mas célebres maestros el arte del baxo relieve para representar á los ojos en junto toda la Religión desde el origen del mundo. En el templo del centro Adán, Moisés, los Profetas y Reyes de Judá recordaban la ley y los prodigios del antiguo testamento. Baxo la cúpula del domo daba Christo á Pedro las llaves del cielo, los Pontífices Romanos las recibían de Pedro y las transmitían de uno en otro por una sucesión no interrumpida desde el principio del christianismo. Á la derecha estaban los Mártires, los Patriarcas y Doctores de la Iglesia del oriente, á la izquierda los Héroes y santos Obispos de las sillas del occidente. Haciendo frente al altar presentaba la quarta na-

ve á la Francia en sus Dionisios, Hilarios y todos los fastos de su historia eclesiástica. Sobre el altar, elevándose en columnas el oro y el pórvido, sostenian el rico dosel, baxo el qual descansaban entre rubies y esmeraldas las cenizas de una Virgen á quien del humilde estado de pastora habian elevado sus virtudes á la clase de Protectora de los Reyes y de la capital del Imperio frances. Baxo un pórtico inmenso, que igualaba las insignes obras de Roma antigua y moderna, enseñaban los hechos y virtudes de Genoveva á reverenciar á una Virgen en cuyo honor se levantaba un monumento tan augusto, y todo esto daba muchos zelos al infierno.

En otros tiempos en que no estaba el mundo tan pervertido que pudiese negar una Potencia Soberana superior á todos los mortales, lo que hizo el demonio su enemigo fué proponerle por todas partes dioses en odio del único que lo era; pero en estos dias, en que teniendo ya una secta numerosa de sofistas baxo la estupidez de la depravacion consumada, habia erigido en escuela el arte de ignorar á Dios y el de aborrecerlo, quiso tener templo para el ateista, y se lo dió la asamblea nacional. Habia ésta decretado el fausto y triunfo del apoteosis * para sus grandes hombres, y sus grandes hombres fueron aquellos cuya mas notoria impiedad é iniquidad manifesta les habia ganado el título de héroes de la revolucion.

En medio de sus años y de los proyectos de la Religion habia muerto Mirabeau: la asamblea tomó luto, y decretó que el primer héroe de la Francia fuese el que la habia abierto el camino y dado el dictámen de abandonar la Religion para llevar á cumplido efecto la rebelion: determinó, pues, que el mas soberbio monumento erigido en Francia á Dios y á sus Santos fuese el mausoleo de los mayores enemigos de su Magestad y de los suyos, que la Francia reverenciase en adelante en su primera basílica en lugar de Genoveva á Mirabeau, y á todos aquellos á quienes hiciese dignos del mismo culto el odio del trono y del altar.

* Lo mismo que deificacion en el sentido que le tomaba la supersticion gentilica, que era colocar ó numerar entre sus dioses á algun Emperador ó héroe. (*Dic. de la leng. cast.*)

En virtud de este decreto, inspirado por Satanás ó Condorcet, se borró del frontispicio el nombre de Dios y de Genoveva, se arrancó de las fachadas la Cruz, el cincel del odio mutiló, destruyó hasta hacer desaparecer enteramente y á mucha costa los primorosos trabajos del cincel de la Religion: mil y cien libras costó el picar los baxos relieves de los Santos, suma que expendió la económica asamblea con sumo gusto; de modo que no habiendo jamas hecho del tesoro nacional uso mas escandaloso, tampoco hubo otro que ella regatease ménos. Á los emblemas de la Divinidad é imágenes de los Apóstoles sucedieron las insignias y banderas de la rebelion y los trofeos de la irreligion.

Entónces quedó la basílica digna de los héroes de la asamblea. Entónces aquel hombre de quien pocos dias antes se avergonzaba la Francia que hubiese nacido en su seno, cuyo corazon habian corrompido en lo moral tantos vicios, y en lo físico una llaga ignominiosa, no dexando de pulsar sino con la putrefaccion que lo roía; aquel hombre en quien habia tenido que castigar la justicia la hospitalidad violada, el rapto de mano armada, el asesinato de la víctima de sus amores pérfidos y avaros; aquel hombre á cuyos jueces remordia el pesar de no haberlo entregado en manos del verdugo, y obligaba al Monarca á arrepentirse de haberle concedido el perdon y quitádolo del cadalso; aquel hombre, deshonra de su madre, tormento de su padre, terror de su Rey, azote de la fe, fué llevado en triunfo al altar por aquellos que habian tenido el oprobrio de ser sus camaradas, y partir con él las atrocidades contra el trono y el altar. Dios justo lo habia ya condenado, el infierno habia recibido su alma, y su cadáver sobre un carro triunfal, incensado por los impíos, seguido de un estúpido populacho, recibió todos los honores del culto patriótico. El lugar que ocultaba estas reliquias inmundas no pudo sostener el nombre que le dieron los decretos de la asamblea: ellos le llamaron *Panteon*, y la indignacion pública le llamó *Pandemonion*.

Setenta años de blasfemias, sofismas, sarcasmos, mentiras, odio contra Christo y todos sus Santos, habian hecho de Voltaire el corifeo de los impíos del siglo. Su secta estaba mal

con la obscuridad en que estaban sepultadas las cenizas de su maestro á veinte leguas de Paris: solicitó la apoteosis para él, y á la verdad, todos los impíos juntos en uno no tenían tanto mérito como él para este nuevo triunfo: jamas habia servido mas eficazmente á la irreligion el abuso de los grandes talentos: jamas hombre alguno habia destilado con tanto arte el veneno de los errores y vicios, sembrado de tantas flores el camino de la mentira y corrupcion, engañado la juventud con tantos hechizos, hecho tantos apóstatas, causado tantas pérdidas y ocasionado tantas lágrimas á la Iglesia de Dios: su pluma era la espada del Mahoma del occidente, todos los impíos del siglo lo conocian por padre, así como él era hijo y discípulo de todos los sofistas que le habian precedido en los siglos anteriores. El triunfo de Voltaire era el de todas las escuelas enemigas de Christo: decretólo, pues, tambien la asamblea, y lo cortejaron en su translacion los diputados impíos, los clubs de los jacobinos, las cuadrillas de los bandidos, la turba de los estúpidos, llorando Francia, sin poder, ó á lo ménos sin atreverse á hacer oposicion.

Tenia tambien sus derechos y no cortos á la apoteosis de la incredulidad el Hércules de los sofistas, el indómito Rousseau, obstinado en impugnar aquellas verdades santas que confesaba él mismo le llenaban de admiracion, pero no podia rendirse á ellas su soberbia. Tambien se la habia decretado la asamblea; pero el lugar donde descansaban sus cenizas era el campo elisio de Girardin, y el respeto á esta propiedad, igualmente que el culto que allí le daban sus discípulos, fué el único obstáculo que impidió su translacion al mismo templo.

Veian los intrusos de la iglesia constitucional estos escandalosos triunfos de la impiedad y del ateismo: era difícil decidir por qué decretos era mas ultrajado Christo, si por los que convertian sus templos en teatros ó zahurdas de cerdos, ó por los que colocaban en los altares á Voltaire y Mirabeau, y sin embargo predicaban al pueblo que el grande objeto de la revolucion era el restablecimiento de las costumbres y piedad de los primeros siglos de la christiandad: instaban con mucho ardor por la expulsion de los verdaderos Sacerdotes, y á fuerza de excitar los distritos, los bandidos y los clubs contra los legítimos

Obispos, habian llegado á desterrarlos casi todos de su diócesis por el mes de Septiembre. Pero no bastaba ya la separacion, la sola existencia de ellos fatigaba á los falsos políticos, á los impíos y á los intrusos, y vino á su socorro para el colmo de sus deseos el infeliz viage y prision del Rey, sucedida en Varennes.

Ya en esta época mostraba la avaricia en Curas despojados, Obispos echados de sus diócesis, Eclesiásticos despojados de sus bienes, un prodigioso número de hombres, á quienes se habia prometido para subsistir una pequeña parte de sus bienes; y por mucha que hubiese sido la economía con que se habian tasado estas promesas, se calculaban los millones que importarian durante la vida del Clero despojado. Se conocia tambien que sola la presencia de este Clero seria para el pueblo una continua reprehension de haber abandonado la Religion antigua, y uno y otro movia á los jacobinos á buscar los medios de abreviar su existencia. Para esto, los encargados del pago de estas pensiones se portaban como quien tenia orden secreta para no apresurarse y dexar consumirse de miseria á los pensionistas. El menor pretexto de falta de atencion bastaba para negársela absolutamente á unos; para otros eran incalculables las formalidades para obtener el pago, y quando estaban ya todas evacuadas nacia dificultades sobre dificultades: una dura respuesta remitia para otro dia, para semanas y meses enteros á unos hombres que no tenían otro recurso que mendigar el pan para el dia, como los vieron mis ojos: volvían el dia señalado, y entonces se les decia no haber enviado la tesorería aún el dinero á la oficina: un comisionado insolente respondia que no tenia lugar; otro brutal añadia á las nuevas dilaciones las burlas é injurias. Era una compasion ver Pastores venerables, ancianos oprimidos de la necesidad, esperando en silencio y en ayunas á las puertas de las oficinas, como aquellos mendigos á quienes se desatiende hasta que la impaciencia obliga á darles alguna cosa porque se vayan. La necesidad pudo hacer que muchos arrosasen perseverantemente por esta vergüenza; pero muchos tambien, cansados de este tratamiento indigno, quisieron mas bien renunciar á este socorro. Pero ni la vergüenza ni la necesidad pudieron mas que su constancia, aun viendo la pun-

tualidad con que eran pagados todos los juramentados. Mas á la novedad de la fuga y retencion del Rey, quedaron expuestos á nuevos ultrages todos los Sacerdotes fieles á la voz de su conciencia. Unos hombres que jamas habian visto la corte, fueron acusados de haber conspirado con ella desde lo retirado de sus aldeas, y casi todos se vieron precisados á ocultarse hasta que hubiesen desfogado algo los primeros furores causados por la tentativa de un Príncipe que huía de la prision; pero estos furores tuvieron efectos mas durables en los departamentos de Finistère y de Mayenne.

Por orden del primero se esparcen por lugares y campos ministros que prendan á los Curas, Vicarios y demas Sacerdotes no juramentados como á sospechosos: condúcenlos todos á Brest, y los encierran en un convento de Carmelitas: la mayor parte, y especialmente el Padre Eliseo, Provincial de los mismos Carmelitas, habian estado ántes de llegar muchas veces á punto de ser sacrificados, no obstante de ser este Religioso uno de los hombres mas conocidos por los servicios hechos á todo aquel pais; y todavía estuvo mas cerca de morir Mr. Squazen, Cura de San Pedro, que llegó á verse al pie de la horca, yendo ya á echarle el lazo al cuello quando lo arrebató el guardia para llevarlo preso. Ya desde fin de Junio gemian allí setenta de estos Pastores baxo la guardia de quarenta furiosos llamados patriotas, sin perderlos de vista en pieza alguna de la casa. Entretanto se trata de amotinar aquella escoria de los pueblos, que el mar vuelve á los puertos despues que el servicio forzado en las galeras ha contribuido á su depravacion mas que á la expiacion de sus primeros delitos. Los magistrados de Brest entienden que en breve no podrán contener á este populacho, piden al departamento que se traslade á los Sacerdotes á parage ménos agitado: se desecha su propuesta, hallando el atroz Expylli, Obispo intruso de Quimper, que estaban bien allí, y como legislador, desde el centro de su comité da y escribe él mismo las órdenes de un tirano: no quiere que se mude la prision de los Sacerdotes: su carta da la ley sin decir los delitos: realmente no tenian otro que su constancia en negarse á reconocer la legitimidad de su ministerio, y así se dilata en el mismo pa-

rage la prision con riesgo de ser cada dia el último de su vida. Pero no habia llegado aún el tiempo de las hecatombes. *

El Rey, preso en las Tuilleries, sanciona en fin la nueva constitucion francesa, con cuyo motivo concede la asamblea un perdón general, del que ella sola y sus bandidos tenian necesidad; pero el Finistère lo pone en duda, y no quiere que valga á los Sacerdotes de Brest: y siendo así que ninguna formalidad de derecho habia precedido á su prision, ninguna acusacion especificaba su delito, ningun juez se habia nombrado para el exámen, no conoce el departamento otros que deban ser exceptuados del perdón sino los Sacerdotes. Por último, pudieron algunos miembros del directorio hacer que se avergonzase de este proceder y se les enviase un comisario: este hombre junta todos aquellos respetables Sacerdotes, comienza un discurso lleno de invectivas, calumnias y amenazas, en el que manifiesta que la única funcion de la magistratura que le incomoda, es la mas gustosa que hay en ella, que es volver la libertad á la inocencia: declama contra ellos, aumentándole el furor su magestuoso silencio: en fin, á pesar suyo pronuncia el decreto y los pone en libertad, de cuya pena no se consuela sino leyéndoles la determinacion del departamento, que les prohíbe usar de la libertad para volver á sus domicilios; y no siéndoles permitido acercarse al lugar donde tienen sus hogares, padres y amigos, no es para ellos el perdón otra cosa que una sentencia de destierro: pero ni aun al término del destierro saben si llegarán, porque aboliéndose para todos la ley de los pasaportes, el distrito la mantiene en vigor para ellos solos: se les obliga á que vayan á tomarlo á un extremo de la ciudad, en cuya larga tirada se han juntado los bandidos y todo el populacho, y quando ven les anuncia que solo han recobrado la libertad para perder la vida: al fin salen de entre esta multitud, cuyos furores detiene Dios aún por un poco de tiempo: salen de la infeliz ciudad, á quien hubiera tomado la revolucion para centro de su rabia, si no hubiese habido una Marcella y un Paris. Los pia-

* Sacrificio de cien reses de una misma especie que hacian los griegos y gentiles. (*Dic. de la leng. cast.*)

dosos moradores de los campos esperaban con otros sentimientos el momento de esta libertad, y apenas supieron que estaban fuera de Brest sus Pastores, quando se apresuraron á salirles al encuentro, los acogieron llenos de ternura, los colmaron de bendiciones, les ofrecieron su casa por asilo y sus bienes para su subsistencia, entretanto que viniesen nuevos decretos á turbar este momento de consuelo.

Los mismos progresos habia hecho la persecucion en el Anjou y Maine. En el mismo tiempo los cuerpos administradores del Maine y Loira mandaron á las tropas de línea y á las guardias nacionales del departamento visitar todas las casas de campo, recoger quantas armas hubiese en ellas, y de camino hacer pesquisa y traer presos á Angers quantos Sacerdotes no juramentados pudiesen descubrir: entónces cien Sacerdotes que habia repartidos por aquellas aldeas, que tranquilos en su retiro nada esperaban ménos que verse prender por reos y autores de la fuga del Rey, vieron dar sobre sí estas tropas, que vomitando sobre ellos mil imprecaciones, sarcasmos, burlas y amenazas por todo el camino, los llevan á Angers, los ponen en encierros, negada toda comunicacion con parientes y amigos y entre sí, teniendo que comprar de aváros carceleros el pan á peso de oro, sufriendo de insolentes centinelas mil vexaciones y tratamientos mas duros que la prision.

En Gonthier, departamento de Mayenne, dos intrusos solicitan el mismo tratamiento para todos los Sacerdotes no juramentados de la ciudad y su distrito: no pueden los municipales resistir á el deseo de los intrusos, que tienen á su favor el club de los jacobinos; sin embargo se oponen tres de ellos, un curtidor llamado Brillet, un oficial de pluma llamado Hommeau, un platero llamado Perrotin; pero ceden todos los demas: vencen los intrusos y se encierran en las celdas de un convento de Benedictinos sesenta Sacerdotes, y para que no se huyan se redoblan las guardias y se ilumina de noche la ciudad, dando tambien orden á las centinelas que hagan fuego á todo el que de dia se asómare á las ventanas. Son insultadas las personas caritativas que quieren suministrarles algun sustento, y solo el Corregidor les hace una visita para llenarlos de ultrages. En fin,

se les permite respirar dos horas cada dia en un patio y se les ofrece si quieren pasearse en la huerta; pero por fortuna fueron advertidos de que esta benignidad era un lazo que se les armaba, porque estaba dispuesto suponer hallados en el jardin despues de su paseo ciertos papeles de que se habia de hacer capitulo de acusacion: para suplir á esta calumnia se echó la voz de que los Sacerdotes de Laval habian incendiado la ciudad: ya se disponian los bandidos á asesinar á los infelices de Gonthier, quando llegó á tiempo el correo de Laval que deshizo la impostura.

Por este tiempo tambien el venerable Cura de Athée, distrito de Anjou, Mr. Volgerand, padeció seis semanas de calabozo en Craon, debiendo á sus enfermedades y al médico que se le hubiesen quitado de pies y manos las cadenas: su piedad y resignacion le conciliaban el respeto hasta de la guardia, y siendo todo su delito el haber impedido que entrase en su parroquia el cisma y la impiedad, al fin confusos los jueces de su firmeza lo absolvieron y soltaron; pero el mismo dia de su libertad fué preso por orden del distrito con trece de sus compañeros, acusados tambien de haber favorecido la fuga del Rey, y por no haber prestado el juramento de los intrusos.

Todas estas víctimas, como las de Brest, no salieron de la prision hasta que la asamblea, en celebridad de haber forzado al Rey á la aceptacion del nuevo código, publicó el perdón de todos los crímenes contra la revolucion. Ni quiso ella terminar sus sesiones hasta haber cometido ella misma otro, no oportuno á la verdad, para conciliarle el perdón de las naciones. La solemne renuncia que habia hecho á toda conquista de estados vecinos no la habia estorbado para intentar por todos los medios posibles quitar al Papa á Aviñon y el Condado Venesino. Á propuesta de Bouche se habia agitado largo tiempo la cuestión, en la que por fin las poderosas razones alegadas por Mr. de Cleremont de Tomerre, y las demostraciones llenas de vigor y eloqüencia de Mr. el Ab. Maury, hicieron triunfar por entónces el pudor y la justicia, declarando la asamblea en 14 de Mayo de 91 que Aviñon y el Condado Venesino no eran partes del imperio frances. Pero no pudieron Bouche

y los jacobinos sufrir que se soltase esta presa, además de que unos estados del Sumo Pontífice situados en Francia eran una idea insoportable á los hombres que preparaban mucho mayores golpes á la Religión, y publicaron que el sable y el cañon de los bandidos obligarian á la asamblea á revocar este decreto. De hecho, no puede haber cosa igual á los latrocinios, violencias y demas vexaciones que cometieron en el infeliz Condado los que fueron enviados para ello, hasta estrechar á algunos á fuerza de opresiones á suplicar á la asamblea la reunion, que se decia ser deseo general. Entónces se sostuvo, que no obstante todos los juramentos, contratos y títulos de largos siglos, bastaba á una provincia no querer reconocer á su legítimo Soberano, para que otra pudiese recibirla en su dominio, y esta moral y política de Bouche, Pethion, Camus y Rabaud dictaron el 14 de Septiembre un nuevo decreto en que la asamblea declaró á *Aviñon y el Condado pertenecientes á la Francia.*

Como no hubo jamas conquista mas vergonzosa, así tampoco la hubo seguida de mas atrocidades. Por mucho tiempo quedó Aviñon siendo ménos de la Francia que de la tropa de que se sirvieron los jacobinos para conquistarla: esta tropa era un nuevo fenómeno hasta en los fastos de la atrocidad. Hasta entónces no habia visto el mundo formarse en ejército hombres de los cuales el mas inocente fuese reo de muerte: ellos mismos se dieron la apelacion de *bandidos*, poniendo este nombre en las banderas y escarapelas para no ser confundidos con algun hombre de bien: era su xefe Jourdan, cuyo nombre ya significaba un tigre que no bebe mas que sangre, y ya satisfecha la sed prosigue degollando, porque no se divierten sus ojos en otra cosa que en verla correr y poder bañarse en ella. En la jornada del 6 de Octubre le habian ganado ya los primeros estremos de su furor el apellido de *corta-cabezas*: con él eran tiranos de Aviñon Tournal y Lécuyer, y baxo este formidable triunvirato fueron devastadas todas las iglesias, robados todos los vasos sagrados, hechos piezas todos los tabernáculos, y llenas todas las cárceles de víctimas destinadas á la muerte. Lécuyer fué muerto en uno de los templos cuyo altar habia derribado, en el mismo momento en que su gente despojaba el mon-

te pio de las viudas y huérfanos, y el furor de Jourdan condenó á muerte aquellos ciudadanos, que presos ya, de ningun modo podian haber contribuido á la muerte del malvado que pretendia vengar. Abrióse, pues, un pozo de inmensa capacidad para carnero, y se traxeron montes de arena para cubrir los cadáveres, y se dió la hora para degollar y arrojar á él los seiscientos encarcelados.

Habia un Sacerdote exemplar, uno de aquellos varones á quienes el imperio que tiene la virtud en los corazones hacia venerar aún viviendo como á uno de los bienaventurados, llamado Mr. Nolhac, que habia sido Rector del noviciado de los Jesuitas de Tolosa, entónces ya de ochenta años, con treinta de Cura de San Sinforiano, cuya parroquia habia elegido con preferencia por ser toda de pobres, siendo en todo este tiempo el padre y refugio de todos los necesitados, el consejero y amigo de todos los buenos ciudadanos. Este prodigioso hombre se habia negado á las instancias que le hacian los mismos que le amaban para que se retirase á la llegada de los jacobinos, de los bandidos y de Jourdan: no pudiendo resolver dexar á sus feligreses, á muchos de los cuales dirigia sus conciencias, privados de su Pastor en las primeras turbulencias del cisma, y aun mas de todos los consuelos de la Religión en medio de la tiranía de los bandidos; porque el martirio y la gloria de dar la vida por Jesuchristo, por su Iglesia y por sus ovejas no era para él otra cosa que cumplimiento de su deseo, el qual deseo sabia tambien inspirar á aquellos á quienes dirigia: no habia sido su vida mas que un martirio oculto baxo un semblante sereno y lleno de gozo angelical, necesitando su cuerpo toda la robustez de su constitucion para resistir á los cilicios, vigiliass, ayunos, á todo el trabajo de un incansable Pastor, y á la penitencia de un rígido anacoreta: gastaba gran parte de la noche en oracion, y el día entero en visitar sus enfermos y pobres, no dexándolos jamas sin consuelo espiritual, y sin el socorro temporal, que multiplicaba en sus manos la confianza de los fieles, siempre pobre para sí y rico para los demas.

Siendo, pues, ya tiempo de que consumase el sacrificio de una vida que toda habia sido caridad, fué preso por los ban-

didos, que hasta entónces habian respetado su santidad, y encerrado con las seiscientas víctimas la víspera del día en que debían ser todas sacrificadas. Su entrada para todos ellos, que ya le conocían y veneraban, fué la aparicion de un Angel: sus primeras palabras fueron como de un Apóstol enviado para ponerlos en estado de parecer dignamente delante del Juez de vivos y muertos: „ vengo á morir con vosotros, hijos míos, „ vamos todos á ver á Dios: yo le doy gracias por haberme „ enviado á disponeros: el tiempo es precioso, mañana, y quizá hoy no estaremos ya en el mundo: dispongámonos con „ verdadera penitencia á ser felices en el otro, que no pierda „ yo siquiera una de vuestras almas: añadidme á la esperanza „ que tengo de que me reciba Dios en su seno, la felicidad de „ poder presentaros á él como hijos que me ha encargado. “ Á estas palabras se le arrodillan todos, lo abrazan, lo estrechan, confesando con lágrimas sus defectos: los oye, los absuelve y los abraza con aquella ternura que siempre usó con los penitentes: tuvo el gusto de verlos á todos dóciles á sus exhortaciones, y observar luego en el semblante de todos, que aquel indecible gozo y paz del corazón que da Dios quando ratifica la absolucion de su Ministro, tomaba el lugar del espanto al oír la voz de los bandidos, que llamaba á los primeros. Estaban á la puerta á derecha é izquierda dos verdugos, que descargaban sobre cada uno un golpe con una barra de hierro, y luego era entregado á otros que lo desquartizaban y desfiguraban para que nadie de los suyos pudiese conocerlo, de donde era arrojado inmediatamente en el pozo llamado sin saber por qué pozo de nieve. Mr. Nolhac entretanto en la parte interior exhortaba, alentaba y abrazaba á la despedida á cada una de las víctimas, y tuvo la felicidad de ser la última, y no presentarse á Dios hasta haber enviado delante las seiscientas que llevaban al cielo la noticia de su heroico zelo é inalterable constancia.

Quando retirados los bandidos hubo ocasion de sacar los cuerpos del pozo, se apresuró el pueblo á buscar el de su Padre: tenía cincuenta heridas; pero pudo conocerse en un crucifijo que tenía al pecho, y en los hábitos clericales: disputáronse los pedazos de sotana, y fué menester tenerlo ocho días

expuesto á el concurso y veneracion del pueblo. El perjuro, rebelde y apóstata Mulot, enviado por la asamblea para tomar posesion de Aviñon, fué de por fuerza testigo de los honores y veneracion de Santo hechos á aquel Sacerdote, cuya vida y muerte eran la mas autorizada condenacion de la rebelion, perjurio y apostasia.

La noticia de la matanza de Aviñon llenó de horror á Paris, donde particularmente se abominaba el asesinato del venerable Pastor de San Sinfiriano. Era ya esto en 18 de Octubre, á cuyo tiempo ocupaban ya sus puestos los nuevos legisladores; sin embargo he referido este atentado al reynado de los primeros, porque verdaderamente todo entero se lo debe á ellos la historia, pues que habian dispuesto todas las primicias, y preparado para él todos los medios. Tengan, pues, sobre sí todo su remordimiento é ignominia, que no faltarán á sus sucesores hazañas con que merecer la indignacion del género humano.

